

Reflexión

Por: Keishla D. Quintana Ruiz

Hoy en día escucho mucho la frase: “yo soy cristiano”, “creo en Dios”, pero no voy a la iglesia porque no creo en ellas. Este tema me parece muy interesante, ya que actualmente son muchos los que se encuentran en esta posición.

Es cierto lo que dice el Dr. Padilla: que es posible vivir una vida espiritual en casa, pero lo cierto es que, cuando vamos a la Palabra de Dios, ella misma nos corrige. En Hebreos 10:25 leemos: “no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. Está más que claro que es necesario congregarnos todos juntos. Dios viene a buscar una iglesia unida, ya que somos un cuerpo en Cristo. Incluso la Palabra dice en Romanos 12:15: “gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran”. Es decir, tu prueba es mi prueba, tu dolor es mi dolor. ¿Cómo pelearemos unos por otros si estoy en mi casa pensando que no es necesario asistir o congregarse en la iglesia? Hay momentos en los que pasamos por circunstancias donde necesitamos un abrazo sincero.

Muchos no se sienten cómodos al abrazar o ser abrazados, pero en realidad la Palabra nos recuerda en Gálatas 2:20: “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Eso significa que ese abrazo rompe cadenas y sana corazones, porque no es un abrazo simple, sino que está acompañado de la presencia de Dios. Y si me quedo en mi casa, me consumiré y no habrá nadie que me ayude a alzar las manos.

Un aspecto que más me impactó es la importancia de compartir, convivir y, sobre todo, amar. ¿Cómo puedo decir que me quedo en mi casa siendo cristiano, cuando la Palabra nos envía a amar? ¿Cómo puedo decir que amo a Dios, si soy egoísta y no quiero amar a los demás? Uno de los grandes mandamientos es amar a Dios sobre todas las cosas, pero también amar al prójimo. Si me quedo en casa, me perderé de lo hermoso que es Dios, porque cuando piensas que estás solo, Él te entrega una familia.

Tuve la oportunidad de vivir una experiencia muy similar: un hermano, hace poco, se excusó diciendo que no volvería a la iglesia porque podía ayunar y hacer todo él solo. Sin embargo, oramos a Dios y fuimos a dialogar con él. Le explicamos: ¿cómo pelearías la batalla solo? ¿Quién estaría allí para levantarte las manos, para ver los ataques que vendrían sobre ti, para ayudarte a orar, para hacerte sonreír? ¿Cómo permitiríamos que el enemigo tomara ventaja y te hiciera sentir derrotado? Vendrán momentos en los que querrás gritar porque te sentirás abandonado, cuando en realidad fuiste tú quien abandonó todo.

Así que sí, es posible vivir una vida espiritual fuera de la iglesia, pero también vendrán consecuencias. Llegará el momento en que, cuando abras los ojos, ya serás más del mundo que de Dios, y tantos años de servirle podrían perderse junto con tu salvación, todo por no querer vivir la Palabra. Por eso es necesario congregarnos, porque juntos somos más fuertes.